

¡Al Mar, al Mar...!

E. GEORGE SQUIER
Traducción de LUCIANO CUADRA

De entre las diversiones favoritas de los nicaragüenses —o más bien de los habitantes de León y sus alrededores— quizá valga más la pena hablar del "paseo al mar", es decir, de la visita que anualmente se hace allá en el verano a los balnearios de las costas del Pacífico. La gente elegante de nuestras ciudades va a Saratoga o Newport; la de León al mar. Y si bien aquel paseo difiere de la temporada que aquí se pasa en los citados lugares de veraneo, la verdad también es que allá requiere a su vez preparativos similares y se habla de ello, antes y después de esos días, con idéntica frecuencia y entusiasmo que aquí en los Estados Unidos. Esa es allá en Nicaragua la época de los galanteos y coqueteos colectivos, y también individuales. Es, en resumen, el alegre festival de San Cupido, cuyos devotos, en todo el mundo, parecen ser más fieles y fervorosos que los de cualquier otro santo del calendario.

Varias veces durante el invierno oí alusiones al paseo al mar, sin entender claramente de qué se trataba. Sin embargo, cuando entró el verano, las alusiones fueron más frecuentes y precisas, y ya para mediados de enero el tema del paseo era eje de toda conversación. Los semidesnudos muchachos de la calle parecían vigorizados por el ambiente migratorio; y hasta mi venerable cocinera inició una serie de insinuaciones diplomáticas tendientes a averiguar si yo creía en el aforismo de que "a donde fueres haz lo que vieres", y, por tanto, si me agregaría al éxodo general. Varias señoras me lo preguntaron directamente, y la esposa de un funcionario público amigo mío, cuya posición le permitía infringir un tanto las restricciones convencionales, me invitó francamente a sumarme a su grupo. El paseo, sin embargo, no se efectuaría sino hasta con la luna de marzo, dos meses más tarde. Para ese entonces la temperatura de verano va se hace sentir: las cosechas se han recolectado, la exuberante vegetación se agosta, el relente de las mañanitas es agradable, el cielo está sereno y limpio de nubarrones, las tormentas se ausentan del todo, y por las noches la luna reina con límpido esplendor y suprema belleza... En la ciudad el polvo se hace insoportable y las actividades comerciales decaen. Es la estación del reposo mental y del goce material. También por esa época se secan los saladares cercanos al mar y perecen los mosquitos. En fin, las condiciones para realizar un paseo al mar son todas óptimas.

Los primeros preparativos comienzan durante la semana anterior al primer creciente de la luna. En esos días se inicia el movimiento general de carretas y sirvientes con rumbo al mar, y el Gobierno destaca a un oficial y varios soldados a vigilar la construcción de las enramadas en la playa, o más exactamente en la arenosa costa cubierta de árboles y maleza que bordea la bahía. Las familias, en vez de reservar habitaciones en hoteles tales como el "Ocean House" o un motel en el "Drive", cons-

truyen enramadas provisionales de cañas y palmas de coco, y tienden petates en el suelo. El techo y las paredes se atan con bejucos o se tejen igual que las cestas, haciéndose en la misma forma las divisiones de los cuartos, o bien mediante cortinas de géneros de algodón a colores. Esto constituye los penetrales o santasorum destinado al "bello sexo" y a los niños. Las damas más lujosas llevan al mar sus camas de cortinajes ricamente bordados y no escatiman hacer derroche de elegancia en el arreglo de sus improvisadas viviendas. En la parte exterior, siguiendo el trazo de sus residencias urbanas, se construye una especie de ancho y abierto cobertizo con visos de corredor. Allí es donde se cuelgan las hamacas, como la familia, se reciben visitas y duermen los hombres. Es, en suma, salón y comedor, y también dormitorio de varones. La enramada de la clase descrita aquí, claro está, es de las que pertenecen a los paseantes más opulentos, o sea de la alta sociedad. Pues las hay de toda categoría, hasta aquellas de los peones y sus mujeres que extienden sus mantas al pie de un árbol y entrelazan unas cuantas ramas sobre sus cabezas; cuestión que les lleva sólo diez o doce minutos. Y aun hay quienes hasta rehusan hacer tal esfuerzo y se acurrucan en la limpia arena seca, cómodo y barato procedimiento que me atrevería a recomendar desde ahora si no fuese ello adelantar mi relato. Las impacientes señoritas sabían todas que "lo de marzo" estaba aún lejano, mas el regocijo fue enorme la víspera aquella en que la luna creciente, ¡oh, augurio feliz!, mostró al fin su fino cuernecillo plateado al hundirse el sol en el ocaso. Uno o dos días después los preparativos estaban en su apogeo; caballos, mulas, carretas fueron todos puestos en servicio, y cuando al atardecer salí a dar mi acostumbrado paseo a caballo, observé que casi todos mis balcones favoritos estaban vacíos. Unos pocos se engalanaban aún con sus bellas ocupantes, pero el tono apologético de su "mañana", con que respondían a nuestro saludo, indicaba que ellas también alzarían pronto el vuelo en pos de sus compañeras.

Mis ocupaciones me detuvieron en la ciudad que, abandonada ya por una buena mitad de sus habitantes, languidecía en su desolación, y no fue sino hasta el cuarto día cuando pude tomar parte en el paseo. Eran cinco leguas hasta el mar, y esperamos casi hasta la caída del sol para salir. Pasamos por el barrio de Subtiava —desierto también, ya que el paseo es una tradicional costumbre indígena de carácter semirreligioso— orillando un ameno riachuelo que lo enlaza, el que a trechos serpentea por medio de altos zarzales, por entre los enormes árboles de la selva, o bien corre presuroso a través de extensos jicrales, amarillos por la sequía. Seguimos adelante pasando aquí una rechinante carreta envuelta en una nube de polvo y llena de mujeres y niños, o de frutas y legumbres, y alcanzando allá a un grupo de caballeros, llevando cada uno por delante a una muchacha vistosamente

ataviada, con su rebose echado al desgaire sobre la cabeza y un puro encendido en la boca, el que, al pasar nosotros al galope se quitaban para gritar con alborozo al mar, al mar..!, y así incesantemente hasta subir a un altozano desde donde divisamos una legua de selva llana colindante con la vasta extensión del Pacífico.

El sol ha caído ya, las estrellas vespertinas parpadean en el horizonte y, allá en lo alto, la límpida luna nueva lucha con el crepúsculo. Una milla más y ya estamos en una cañada en cuyo fondo discurre un riachuelo de donde surge un confuso murmullo de voces, robustas risotadas y el eco de alegres canciones. Involuntariamente detenemos nuestras cabalgaduras y contemplamos una turbamulta de hombres y bestias que beben agua del riachuelo o pugnan por acercarse a él: una masa oscilante e incoherente, apenas visible entre la rojiza luz de grandes fogatas cuyos destellos flamean entre árboles y rocas y por entre los cambiantes grupos, en fuerte contraste con los claros macizos de luna que se filtran, diáfanos y tersos, a través de las aberturas del follaje. Este es el principal aguadero del campamento, al que —dos veces por día— llevan a abreviar a los caballos; y éstos son los mozos a cuyo cargo están los animales. Las lumbreradas provienen de rústicos hornos de cocción en los que el alfarero indígena cuece su mercancía; y de pies junto a un rúmulo de vasijas recién cocidas está su mujer lanzando este pregón:

“Cántaros, cántaros nuevos,
¿quiere acomprar?”

Con dificultad pudimos pasar entre los grupos de hombres y animales, y tras un corto viaje dentro de la negrura de la selva espesa, llegamos a Las Salinas, extensa planicie cubierta de agua durante el invierno pero ahora seca, dura y blanca, y toda cubierta de sal. Bajo la luz de la luna parecía un campo de nieve rayado por el negro y bien apisonado camino. Entre Las Salinas y el mar hay una amplia y seca ondulación de arena poblada de árboles que parece haber sido formada por las marejadas. Entre la arboleda pudimos distinguir las luces de muchos fuegos; y mientras nos acercábamos al lugar oímos las explosiones de alegres carcajadas, y, a intervalos, los acordes de instrumentos musicales. Espoleamos nuestras bestias y pronto nos encontramos en el vértice de un escenario para nosotros tan nuevo como excitante. Vemos amplias avenidas de enramadas, enguirnaldadas con hamacas colgadas en el frente, en las que se columpian señoritas en animada conversación con sus galantes cortejadores de banda roja con borla ceñida a la cintura, galanes que pausadamente rasguean la guitarra, en tanto que las personas mayores de ambos sexos —sentadas allá en el fondo— fuman sus puros y cigarritos, en cuadros que son vívida representación del ocio y del sosiego. Al lado de las enramadas están las carreñas entoldadas; dentro y debajo de ellas la chiquillería retoza en raptos de alborozo. Detrás, los mansos bueyes carreteros yacen atados a los árboles; y aquí también hay fuegos para fines culinarios, alrededor de los cuales las cocineras, charlando que ni lorras, preparan la taza de chocolate para la noche. Luego pasamos frente a una enramada —abierta y brillantemente iluminada— en la que se ven dulces, vinos y cigarros en estantes adornados con gajos de ramas verdes. Al frente, un diestro prestidigitador realiza sus proezas ante la admiración de los parroquianos de la cantina de quie-

nes percibe uno que otro real. Cerca de ahí una indita sentada sobre un potato tiene frente a sí una batea de frutas, mientras que otra exhibe un confuso montón de cintas de colores expuestas para tentar la coquetería femenina. En el centro de la ranchería, y bajo la sombra de un frondoso chilamate que esparce su ramaje cual si fuera el techo de una casa, está el resguardo de policía; éste es un destacamento de la guarnición de León. El deber de estos hombres consiste no sólo en mantener el orden entre los veraneantes sino que también en ejercer una rígida vigilancia sobre el contrabando de aguardiente, cuya venta, salvo en los estancos del gobierno, está estrictamente prohibida. Esta prohibición no se extiende a la chicha fermentada que indios de aspecto orgiástico —mostrando en su propia persona los más patentes efectos de su potencia— venden en calabazas abiertas a un cuartillo la ¡icara.

El oficial de guardia reconoció nuestro grupo, y antes de que yo me percatara de la maniobra los soldados se habían alineado presentando armas. Esta fue la señal para amontonarse todos los ociosos. Elevé una inmediata y semiindignada protesta contra toda manifestación de tal género, y manifesté al comandante que yo había dejado al Ministro estadounidense en mi casa de León; así como también que me encontraba en el mar como simple paisano. La explicación fue oportuna; divertió a los curiosos y me ahorró futuras incomodidades. Sin embargo, antes de terminar mi parlamento caímos prisioneros de mi viejo amigo el Doctor Juarros, quien nos llevó en triunfo hasta su enramada allá en el otro extremo de la ranchería. Allí encontramos a la mayor parte de nuestras bellas amiguitas de los balcones, tomando chocolate y rebosantes de alegría. La algazara del paseo estaba claramente en su apogeo, y el contagio era tan fuerte que al instante nos sentimos presas del vértigo de la corriente popular. Al momento se nos puso al tanto de lo que para esa noche se “tramaba” en los círculos elegantes. Se había acordado bailar en la playa a la luz de la luna, y para cuando el baile decayese se tenían en mente otras diversiones. El programa comenzaría a desarrollarse a las nueve de la noche; y como eran tan sólo las ocho dedicamos el tiempo que faltaba a recorrer las enramadas seguidos por una turba de ociosos que parecían gozar de lo lindo al ver el interés que mostrábamos por todo aquello que era novedad para nosotros. Descubrimos que Chinandega, El Viejo, Chichigalpa y Pueblo Nuevo, así como Telica y los demás pueblos de la planicie de León, estaban representados allí. Los sacerdotes también habían acudido en buen número, y parecían tan contentos como el que más de los fiesteros; era evidente que la más completa simpatía y admisión tácita de igualdad había impregnado de excelente buen humor todas las capas sociales, y las gentes se mezclaban con entera libertad, sin empujones, permitiendo a cada cual divertirse como mejor le pareciese, deterrando del lugar toda rivalidad y envidia. Menudeaban las bromas, muchas de las cuales presenciábamos antes de terminar nuestro recorrido.

En seguida regresamos al otro extremo de la ranchería a tiempo de acompañar a las señoras en una caminata por una ancha vereda que, entre arbustos, corre al margen de la selva, fuera de la espaciosa y hermosa playa. Junto al monte la arena es suelta, fina y blanca, pero dura y lisa hacia el mar. Veíanse grupos de paseantes dispersos por la playa; aquí una pareja bailando, allá un corro

de muchachos retozando alegremente; otros, cual enjambre de abejas, en torno a una venta de frutas o de "frescos". Ni heraldos ni ujieres había en nuestro baile a la luz de la luna, y las parejas iniciaron la danza al compás del rítmico batir de las olas del gran océano que ondulaba majestuosamente a nuestros pies. ¡Oh, el denso trasfondo de la selva, la dilatada y rasante línea de la playa, la clara noche de luna, las bailadoras vistosamente vestidas, la música, la alegría, y la pausada pulsación del mar. ¡ Apenas podía convencerme de la realidad de aquella escena tan diferente a todo lo que habíamos visto hasta entonces. En los intervalos del baile se encendían los puros y los cigarrillos, y a eso de las once —cuando la animación parecía decaer— la idea de un juego de prendas fué aclamada por unanimidad. Se trazó entonces un gran círculo en la arena a cuyo alrededor se fueron sentando los participantes, hombres y mujeres alternadamente. Nuestro anfitrión, pese a que tenía ya blanco el cabello, conservaba aún el espíritu y la vitalidad de la juventud, y se ofreció voluntariamente cuando alguien sugirió que "un muchacho" ocupara el centro de la rueda y abriese el juego. Su gesto de buen humor fué recibido con una tumultuosa algarabía. El juego parecía ser del mismo género de aquellos con que se divierten los niños en los Estados Unidos, y fue precedido por una recolección general de pañuelos, que fueron atados en un solo lío y colocados en el centro de la rueda. Nuestro amigo tomó en seguida uno de ellos al azar y procedió a interrogar a su dueño o dueña acerca de sus íntimos afectos, y, por el conocimiento que tenía de los circunstancias, hacía a veces preguntas comprometedoras que eran recibidas con gran hilaridad. Aplicábanse penas a quienes no respondían con firmeza y prontitud, y cuando se daba fin al interrogatorio enviábase al interrogado a cierto lugar del círculo y sin demora se hacía pasar el mismo suplicio al dueño de la próxima prenda, y así sucesivamente. Alguna agudeza debía tener esa inquisitiva que yo no pude captar, pues era causa de infinito regocijo entre los espectadores y algunas veces de manifiesto sonrojo para la víctima. Me sentaron en la rueda en donde mi noviciado fue motivo de inmenso júbilo, al que me uní por puro espíritu de buena voluntad, puesto que, al igual que los otros inmolados, yo no podía ver en dónde estaba el chiste. Tuve la buena fortuna, eso sí, de tener por compañera a Doña I, una de las más bellas damas de León, a quien Dios bendijo con los más diminutos y blancos pies del mundo, y ya que si después del baile tenían que quitarse los zapatos, ¿no habría podido ella acaso recatar sus pies? Como gaje del juego su marido le cupo en suerte a una gran "coqueta", a quien el oráculo del centro de la rueda declaró que pertenecía por legítimo derecho.

Ya para media noche el entusiasmo que al principio animaba los juegos comenzó a decaer, y los diversos grupos de la playa se encaminaron a sus enramadas. El nuestro siguió el desfile general, ya que siendo parte obligada del paseo el tomar un baño de mar antes de la salida del sol, había que mañanear. Mientras caminábamos por la playa observé que varios de los paseantes tenían hecho ya su huequito en la arena y parecían estar allí tan confortablemente instalados que de veras les envidié catre tan singular. Al llegar a lo que nuestro travieso huésped llamaba su glorieta, nos encontramos con que dentro de nuestra jaula tejida se nos había preparado un estrecho lu-

gar para dormir, el que, aun cuando era lo suficientemente aseado y cómodo, parecía asfixiante e inconveniente en comparación con la arena del campo raso. Y por cierto que escandalizamos a nuestros amigos al anunciar, tras breve deliberación, que nos íbamos a dormir a la playa, añadiendo que habíamos ido al mar con la precisa intención de pasar la noche al alcance de las salpicaduras del vasto océano. De modo pues que, echándonos al hombro nuestras frazadas, dimos las buenas noches a las señoras y regresamos a la playa. Ya el campamento dormía en relativa calma y las hamacas que colgaban del frente de las viviendas improvisadas estaban ocupadas por hombres, todos con su inseparable puro en la boca, el que cada vez que chupapan brillaba en la oscuridad como la luz de una luciérnaga; pues es cosa sabida que en la América Central hasta el dios coronado de amapolas fuma puros. Uno de éstos, de buen tamaño, satisface a la mayor parte de los hombres, y nadie sino aquel a quien remuerde la conciencia o aqueja un cólico miserere es paz de mantenerse despierto después del tercero. Las sirvientas de varias enramadas y los mozos que carecían de aposento se echaban en dondequiera que les parecía más conveniente: unos en petates o frazadas, otros en el puro suelo; todos, sin embargo, al igual que sus amos, fumando en silencio su sabroso puro. Quedaban aún unos cuantos grupos; aquí —en un discreto rincón— unos en rueda embebidos todavía en un partido de monte, y, más allá, entre las sombras, dos amantes en "tête-a-tête", en íntimo cuchicheo para no despertar los diágonos paternos. Y por entre todos ellos los soldados en alerta vigilancia, caminando lentamente de un extremo a otro de la rancharía, fusil al hombro, fulgurantes sus cañones bajo los rayos de la luna.

La playa, con la excepción de unos cuantos trasnochadores dispersos, quedó completamente en calma. Es cogimos nuestro lugar a buena distancia de los demás (había suficiente espacio) y cada quien hizo su hueco en la arena, se arrebujó en su frazada y se confió a la noche... La luna descendía por el Oeste y su luz fluía haciendo rielar una columna sobre el mar y las olas que, nimbadas de plata, se esparcían en lluvia perlina a veinte pasos de nosotros. Nos abanicaba la fresca brisa marina que mezclaba su leve murmullo con el salobre siseo de las agonizantes olas y con el ranco y profundo contrabajo del oleaje que allá a lo lejos se rompía impotente contra los peñascos de una punta. Y así dormimos: la desnuda tierra debajo de nosotros, allá arriba el combo cielo, y el grande océano impulsando por medio mundo sus undívagas olas para arrullarnos con su canción de cuna.

Despertamos con el alba, cuando la aurora comenzaba a colorear las nubes y los escuadrones de la noche huían paso a paso hacia Occidente. La marea iba ya de mengua, y por la costa merodeaban pequeños grupos en busca de cangrejos descarriados, o con el fin de llenar sus bolsas de delicadas conchitas dejadas al descubierto por la bajamar. También nosotros comenzamos a caminar por la playa dirigiéndonos después hacia un alto promontorio de rocas contra las cuales se rompían furiosamente las olas en incansable rugir. Cubrían las rocas caparazones de crustáceos que unos seis muchachos, a caza de su desayuno, desprendían a golpes de martillo. Veíanse asimismo centenares de escurridizos cangrejos que, al saltar nosotros de roca en roca, se refugiaban en las grietas.

Allende estas rocas, y parcialmente cercada por otras más, divisamos una pequeña ensenada de la que inmediatamente tomamos posesión. A poco luchábamos con las ondas ondulantes que rodaban majestuosamente sobre un duro fondo de arena, blanco y parejo, que mantenía el agua allí tan pura como la de alta mar. No había allí la traicionera resaca, temida hasta por los más expertos nadadores y que tanto placer resta a los baños de mar. Sin embargo, apenas acabábamos de tomar posesión de la encantadora ensenadita (la suponíamos nuestra por derecho de descubrimiento) cuando empezaron a salir del bosque de la ribera grupitos de mujeres que se congregaban en la playa. W. se envaneció creyendo que la novedad de nuestra blanca epidermis era causa de atracción; mas si sólo habían llegado a mirar ¿por qué entonces se desvestían tan deliberadamente? ¿Y por qué entraban chapoteando en el agua? Al verlas venir hacia nosotros, tocamos retirada mar adentro, en donde pronto nos encontramos bloqueados, y comenzamos a sospechar si no habríamos ocupado "el recinto ajeno" apoderándonos de un rincón de agua que, por su mayor seguridad, estaba reservado a las mujeres. Sospecha ésta que confirmó el rápidamente creciente número de damas que se aglomeraba entre nosotros y la playa, y el hecho de que los hombres se bañaban un poco más allá, a la derecha. Pero nuestra turbación era excesiva; todo el mundo parecía actuar en conformidad con el principio "Honi soit, qui mal y pense"; y, cuando tras haber permanecido en el agua media hora más de lo que hubiéramos querido, rompimos el bloqueo, nuestro paso no causó el más mínimo revuelo entre las náyades.

Los estatutos del paseo prescriben una hora de baño por la mañana antes del desayuno, lo cual se observa allá con la misma rigurosidad con que en Saratoga, a la misma hora, se impone una botella de "Congress"; y cuando volvimos a la enramada en compañía de nuestro anfitrión y sus demás invitados, fué con un apetito tal que había hecho morir de envidia a un dispéptico. Café, tortilla caliente y una peidiz asada constituyó nuestro desayuno; y después, cuando las arenas estaban todavía bajo la obliqua sombra de los árboles de la ribera, vino un brioso galope para cumplir con las inmemoriales ordenanzas del paseo. Caballos lujosamente enjaezados fueron traídos por caballeros elegantemente vestidos, y las damas montaron por delante. Algunas optaron por cabalgar a solas; y cuando todo estuvo listo anancamos a correr; ora bordeando el bosque, ora pasando tan junto al agua que las salpicaduras que brotaban bajo el rápido repique de los cascos caían en rutilante lluvia sobre caballos y jinetes.

La fuerza de sol comenzó a hacerse sentir a las diez de la mañana; vino en seguida la jicara de tiste o una taza de chocolate, y a continuación un juego de naipes; y después —cuando el sol estaba ya en el cenit— llegó la siesta oportuna, con "frescos" y cigarros "ad libitum", a llenar el resto del tiempo hasta la hora de la comida que, al igual que el desayuno y la cena, consiste principalmente de pescado fresco y animales de caza, que se completa con una infinita variedad de frutas y de dulces. Además de hacer visitas y de recurrir a otros artificios para pasar el tiempo, surgen por la tarde nuevas diversiones —improvisadas por lo general— que ocupan la atención de los paseantes hasta la hora del baño nocturno. La tarde de nuestra visita la diversión consistió en una gran bús-

queda de aguardiente de contrabando que realizó la policía y que se suponía oculto en un pantano justamente detrás de las enramadas, y a causa de lo cual los agentes de la ley resultaron enlodados de pies a cabeza antes de descubrir que habían sido engañados por un guasón que la noche anterior mantuvo en conmoción al campamento causando una falsa alarma al grito de ¡los facciosos! Pero esta vez el hombre no pudo salirse con la suya; fué cogido por los indignados soldados y —para regocijo de todos los paseantes— sometido a un soberano baño de lodo en el pantano. De allí se lo llevaron al mar a darle inmisericordes zambullidas, luego lo trajeron de vuelta, lo arrojaron de nuevo al pantano y, por último, le abandonaron allí para que saliera como mejor pudiese. Sometió el castigo como buen filósofo, dándose mañas, eso sí, para que sus captores se enlodasen tanto como él. El gusto de este hombre por las bromas de tal laya y el extravagante alborozo que causó tan rudo deporte, demuestran lo que en otra parte dije con respecto al extraño sentido que del ridículo tienen todas las clases sociales de la América Central, y que tal vez no se deba tanto al estado primitivo de la sociedad cuanto a ese elemento cómico tan inexplicablemente asociado a la gravedad del carácter español.

Con frecuencia sucede que los demás altos funcionarios públicos concurren al paseo. La presencia del General Muñoz parecía ser especialmente deseada, tanto —pensaba yo— por la banda militar que le acompaña en ocasiones semejantes, como por su don de gentes. Pero el estado de cosas del gobierno era entonces inquietante, por no decir crítico, debido a la amenazante revolución de Honduras, y las damas tuvieron que conformarse con la familiar y tristonra música de guitarra y violín. Porque no eran ellas personas capaces de permitir que aquello que los trascendentalistas llaman "lo inadquirible" destruyese la justa apreciación y cabal disfrute de lo "presente y real". Por el contrario, parecían no sólo lamentarse de que la ociosa y regalada vida que llevaban allí terminase con la mengua de la luna; pesar, sin embargo, mitigado por la esperanza de renovar el paseo para la luna de abril, cuando se acostumbra volver por unos días a "cerrar con broche de oro la temporada".

Mis funciones diplomáticas no me permitían más de un día de ausencia de la sede del Gobierno, así que, al anoecer del día siguiente, bajo la más solemne promesa de un pronto regreso y más prolongada permanencia, y cuando se iniciaba el movimiento general hacia la playa para dar comienzo al baile de la noche, nos despedimos de nuestra amable anfitriona y tomamos el camino de León. Un rápido viaje de dos horas por las extensas Salinas; por entre selvas y jicarales después, y al fin el tamborilear de los cascos de nuestros caballos por las calles empedradas de León hasta nuestra callada vivienda. Las circunstancias impidieron mi retorno al mar; pero cuando una semana después regresaron las señoras, se me dieron los pormenores de todo lo relativo a proyectados casamientos y lances de amor.

Nada de extraordinario tenía antes que en los días de más auge del paseo se juntaran hasta ocho o diez mil personas en la playa; pero en los últimos años el número ha disminuído. "Si usted hubiera visto hace treinta años", me dijo una ancianita con profundo suspiro, "cuando León era una ciudad rica y populosa; ¡ej, ahora esto es nada...!